

Se agotan las siglas UCD

«Nueva mayoría», una operación a la derecha

Por Carlos DAVILA

A Agustín Rodríguez Sahagún, sentado en la primera fila del caduco Siglo XXI, se le agudizaron los tics faciales con que suele acompañar sus gestos expresivos. Sólo unos minutos antes había dicho a Oscar Alzaga:

«Verás que he venido.» Ahora oía, con evidente disgusto, las palabras de Alzaga, que relataban la historia, la proeza mejor, del barón de Munchhausen, virtuoso en el arte de elevarse hacia las alturas tirando de sus propios cabellos. Sahagún se pasó una sola vez la mano derecha por su pelo cortado impecablemente al cepillo y escuchó: «UCD, en el estado en que se encuentra, sólo podría ir hacia arriba mediante un acto de magia», y más tarde: «Se encuentra (UCD) casi a la deriva, sin liderazgo personal ni colectivo». Era demasiado.

La propuesta de Alzaga tuvo esta semana una sola virtud: aminorar la resaca de acto terro-fascista de Barcelona. Ha sido tanta la polémica que se ha volcado sobre un tema ya sabido que nadie comprende, a estas alturas, el porqué de tanto ruido. Desde Calvo-Sotelo al último militante de UCD, reclutado últimamente en los caminos aldeanos, conocen ya que el roscó ingenioso verdinarianja que ha ganado dos elecciones tiene pocas probabilidades de triunfar en unas terceras, si por fin este país desventurado se permite el lujo democrático de celebrarlas. «La fórmula está gastada», según los más conspicuos centristas; los que, naturalmente, no se han dejado contagiar por la irreal filosofía de los ejecutivos que todavía «andan vendiendo ilusiones» por los cenáculos del partido.

Se trata, pues, de constituir una nueva mayoría, y esto sobre tres supuestos: reformar cuanto antes la ley Electoral, constituir una plataforma de cuadros ajena quizá al «aparato» de UCD y, si llega el caso, componer una coalición electoral que puede frenar el impulso irresistible de los socialistas, de un partido-alternativa que puede, sin embargo, quedarse «conscientemente», otra vez más, a las puertas del Poder. Y es que, en definitiva, «domesticar» al PSOE es condición indispensable para que la «operación 82» pueda tener visos de éxito. Algunos socialistas, por otra parte, ya han empezado a pensar que «a lo peor, lo mejor es perder otra vez» con tal de que, antes de que se consumase el nuevo fiasco, la derecha histórica y liberal conceda a la oposición la posibilidad de participar en el Poder, en un Gobierno de pacto en el que puedan conseguir carteras como la Seguridad Social, reino de taifas donde —como decía un antiguo ministro— «cada vez que levantas un papel, te atufa».

En la quiniela ya se está trabajando y la conferencia de Alzaga es sólo el primer acto, el de presentación de la jugada electoral. Pero tiene, naturalmente, algún sacrificio, unas víctimas que curiosamente dominan gran parte del entramado del Estado y ocupan puestos de trascendente poder y responsabilidad. Desde la presidencia del INI (Carlos Bustelo) a dos o tres Ministerios claves (Hacienda y Justicia), los socialdemócratas dirigen la política del país. Ahora, aunque no lo digan, los democristianos pretenden lisa y llanamente su exclusión: «Hay que empalmar sin reservas con la mejor tradición liberal y con las viejas verdades del humanismo cristiano», ha dicho Alzaga sin nombrar para nada a los descafeinados socialdemócratas que aún siguen al ministro Ordóñez, un político singularmente capaz, que no se quedará quieto: «Yo, en electio-

nes, soy un follón», dice el diputado por Zaragoza.

Pero aunque las intenciones están claras, no lo está tanto el «cómo se hace» la operación. Por lo pronto, parece difícil que otro de los llamados a colaborar, el liberal Antonio Garrigues, se avenga a investir de progresismo una coalición claramente derechista, a la diestra de la cual sólo quedarían los neofascistas de Blas Piñar, aupados quizá a mayores cotas de representación, gracias, entre otras cosas, al indudable éxito informativo de determinados medios, gozosos por la impunidad que les ofrece la debilidad ejecutiva. Los gestores piensan, por decirlo gráficamente, que «todos sí, en la misma casa; pero no en la misma cama», y debajo de esta metáfora hogareña-erótica, se esconde la intención de no pactar «más que lo indispensable» con los negociadores de Alianza Popular (Coalición Democrática, no nos engañemos, no existe) para que éstos convergan en devolver a UCD el cuatro o cinco por ciento que el partido gubernamental ha perdido desde el 79 merced a sus desmanes, su impotencia y los nefastos liderazgos.

A esta operación, que Alzaga llama la «nueva mayoría» y que Fraga continúa denominando la «mayoría natural», ya se le están adjudicando nuevas siglas: Unión por la Democracia es el nombre que patrocina un Eduardo Merigó, desacorde en tirar por la

borda la molesta e insegura compañía de los socialdemócratas. Los democristianos quisieran incidir con ventaja en la propiedad del término mayoría, quizá por su capacidad de influencia subliminal en el electorado; quizá porque, como dice Miguel Herrero, tráfuga del primer liberalismo de la democracia, «hay mayorías más naturales que otras». Pero todo es discutible, salvo, en estos momentos, la cabecera de cartel: Leopoldo Calvo-Sotelo.

Calvo-Sotelo, que llamó a la Moncloa al «crítico de los críticos», Oscar Alzaga (atención, que Landelino puede quedarse en el segundo puesto), apenas hizo otra cosa en aquella entrevista que preguntar «cómo ves tú todo esto». En la clase política centrista ha cundido ya un pequeño pánico porque —quizá con evidente apresuramiento— juzgan que el presidente del Gobierno carece en estos precisos momentos de un esquema de trabajo y que está siendo arrastrado por la desgracia del incalificable suceso de Almería o el inexplicable asalto al Banco barcelonés.

En el particular calendario de los nuevos conspiradores se han preparado dos batallas: la reforma de la ley Electoral y la televisión privada. La primera tiene por objeto conseguir el desbloqueo de las listas para patrocinar un modelo proporcional y abierto del que, evidentemente, no puedan beneficiarse los políticos de escaso pelaje colgados en la bicoca de un sistema de elección colectiva que no repara en las inconveniencias individuales. La segunda, favorecida ya por el grupo de los cincuenta centristas que juzgan, con toda la razón, imprescindible la apertura de canales privados (la Constitución es absolutamente inequívoca a este respecto), es una batalla singular en la que ya ha quedado patente la incoherencia e incluso estolidez política de algunos ministros que se han atrevido a presionar (Pío Cabanillas lo sabe) para imponer silencio a los impulsores de la justísima propuesta.

Estamos asistiendo, pues, a los prolegómenos de la gran operación «Elecciones 82». En ella pueden estar implicados, si se modifican sustancialmente algunos supuestos excesivamente conservadores de estos inicios, todos los que a la derecha de la vida política apuestan por la libertad y contra el miedo. La clave del éxito radica en un triple control: terrorista, autonómico y del paro.